

## EL PROFESOR DON JUSTO COVALEDA ORTEGA (\*)

MARIA AGUILERA FRANCO

(de Barcelona)

Las más altas virtudes humanas cifradas en una dedicación fervorosa a la tarea de todos los días, como ofrenda cordial a la Humanidad, están simbolizadas en la vida de este español egregio, de este hombre verdaderamente notable, cuyos méritos son conocidos por muy pocos debido a su carácter austero, sencillo y, sobre todo, modesto.

Granada, pródiga en varones ilustres, le vio nacer el 3 de abril de 1908.

Su padre, don Antonio Covaleda, de profesión farmacéutico, comenzó pronto y de una manera personal la educación e instrucción de su hijo, que desde sus primeros años dio claras muestras de un talento privilegiado.

El padre de don Justo Covaleda tuvo el mérito de efectuar por su propia iniciativa, la primera vacunación antivariólica masiva que se realizó en Granada, yendo él personalmente de casa en casa para realizar tan laboriosa tarea.

Don Justo inicia sus estudios en los PP. Escolapios de Granada, siendo un niño estudioso y orde-

nado que trabaja poniendo en el estudio toda la energía de su voluntad.

La muerte de su padre, cuando sólo contaba doce años, hace recaer sobre su mente la responsabilidad que entraña para él ser el mayor de sus hermanos, Otilia y Antonio. Se siente protector de su familia y esta imposibilidad que representan sus pocos años, crea en su espíritu una lucha, una impotencia, que influye decisivamente en la formación de su carácter introvertido, serio y profundo.

Acabó el bachillerato con los Padres Escolapios en el año 1924, con notas brillantísimas.

En el mismo año, comienza sus estudios en la Facultad de Medicina de Granada, por los que sentía una gran inclinación.

Esta inclinación de su inteligencia se manifestó siempre en él por una tendencia innata hacia la observación de las cosas y fenómenos que le hacían desechar todo lo retórico en aras de la exactitud y fidelidad de las observaciones.

En los albores de su juventud, en esa edad de los sueños adoles-

\* Comunicación leída en la Sesión del día 22-II-66. Presentada por el Académico Numerario Prof. M. Usandizaga.

centes, no sentía más pasión que los libros y la adquisición de los conocimientos que en ellos encontraba.

Raramente se dedicaba a los entretenimientos o diversiones propios de su edad, salvo en el deporte del esquí por el que sentía gran afición.

En la Facultad fue apreciado por sus profesores como alumno modelo en el que vislumbraron al futuro científico e investigador, y en 1927, en el cuarto año de su carrera, obtiene por oposición el puesto de alumno interno en la Cátedra de Higiene, con el que fue ilustre profesor Dr. Alvarez de Cienfuegos, que puso en su alumno gran afecto.

Desde aquel momento comienza su actuación como higienista. Con el profesor Alvarez de Cienfuegos trabaja primero como alumno interno, más tarde, en el curso 1930-1931, como médico interno y al año siguiente como ayudante de clases prácticas, hasta el comienzo del curso 1940-41, que fue nombrado profesor auxiliar, habiendo tenido a su cargo, por la muerte del profesor Cienfuegos, las Cátedras de Higiene y Microbiología desde que se reanudaron las tareas universitarias después del Movimiento Nacional.

Conjuntamente con sus estudios de Medicina se dedica al Análisis Químico, materia que estudia y aprueba con nota de sobresaliente, en la Facultad de Farmacia de Granada.

En 1930, cuando contaba veintidós años, obtiene su Licenciatura con nota de sobresaliente y premio extraordinario. En este mismo año comienza las publicaciones de sus estudios, que serían pródigas, fruto de su dedicación completa a la Medicina.

En 1930-31 cursa en Madrid las cuatro asignaturas del Doctorado, al mismo tiempo concurre al Instituto Nacional del Cáncer, en cuya Sección Química Biológica, bajo la dirección del Dr. F. Martínez Nebot, realiza los trabajos sobre su tesis que trata sobre «El equilibrio ácido base de la úlcera y cáncer gástrico», que alcanzó la calificación de sobresaliente.

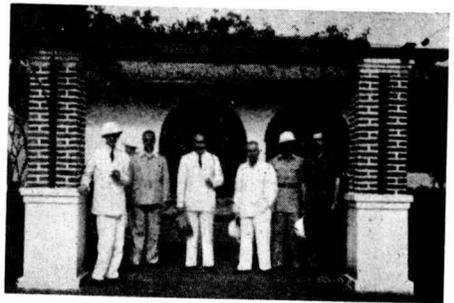


Fig. 1. — El profesor Covalada, el profesor Matilla y otros colegas en su visita a Guinea.

A pesar de su carácter tímido y retraído que parecía aislarle del mundo exterior, es notable que en sus relaciones familiares y profesionales despierta afectos profundos. Todo el que le trataba llegaba a profesarle cariño y admiración. Fue estimado por sus compañeros, años más tarde por sus alumnos, sus colaboradores y de una forma entrañable por su familia, de la

que recibió pruebas constantes de amor y abnegación.

En 1934 es pensionado por la Facultad de Medicina de Granada para la ampliación de estudios en el «Instituto Pasteur» de París.

Toda esta labor de trabajo y estudio es simultaneada con el cargo de médico de la Beneficencia Municipal, que obtuvo por oposición, sin interesarle ninguna remuneración de tipo profesional, ya que su ruta era sólo el estudio y la investigación, viviendo con sencillez dedicado por entero a la Ciencia.

Al año siguiente hace un curso de parasitología en la Facultad de Farmacia de Granada, bajo la dirección de don Carlos Rodríguez López-Neyra, iniciando con su colaboración una de las más entrañables amistades que llenaron su vida.

Es secretario de redacción de la Revista Ibérica de Parasitología, que editaba la sección granadina de Helminología y Parasitología del Instituto José Acosta.

En 1936 presta sus servicios como bacteriólogo en el Hospital Militar «López Rubio» de Granada, hasta que, buen católico y excelente patriota, entusiasmado por la Causa Nacional, se incorpora al ejército en la 102 División como alférez médico numerario, el 2 de agosto de 1936.

Interviene en la defensa armada de Granada, prestando sus servicios como médico y trabajando además en los laboratorios de la

Facultad de Medicina en la preparación de sueros y vacunas para el ejército, hasta que es enviado a los frentes como oficial sanitario.

El primero de abril es destacado a Extremadura, donde toma parte en las batallas de Mesegada, Monterrubio, etc. El 27 de julio pasa al sector del Ebro, interviniendo en esta decisiva batalla.

Regresa a Extremadura, donde permanece hasta el final de la guerra. Por sus méritos en estas campañas recibió en el año 1940 la Medalla de la Cruz Roja, la Cruz de Guerra y la Medalla de Campaña.

Su intensa actividad en nuestra guerra no impidió que siguiera entregado al estudio, labrando la senda por donde caminará su tesón y su fe, en busca de nuevos horizontes para la ciencia.

El 14 de junio de 1941 es nombrado encargado de la Cátedra de Higiene de la Facultad de Medicina de Granada por traslado de su titular, don José Balen, a la de Sevilla.

Se presenta a las oposiciones de ingreso en la Escuela de Sanidad y triunfa con el número 1.

Este cargo, como todos los que le fueron confiados, lo desempeñó con la misma rectitud y amor que ponía en todas las cosas en que intervenía.

Esta es su época de mayor investigación, son años de trabajo y estudio, de labor intensa, de actividad inextinguible, de dedicación.

absoluta y total a la única pasión de su vida: la investigación médica.

En 1946 es nombrado vicedirector del Instituto Nacional de Parasitología dependiente del Patronato Santiago Ramón y Cajal.

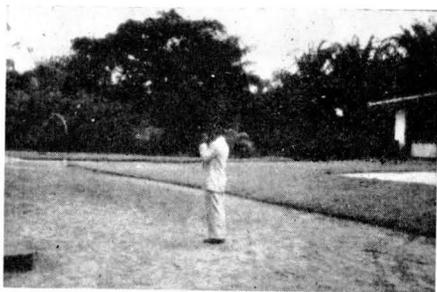


Fig. 2. — El profesor Covaleda durante su trabajo en Guinea.

También es nombrado Académico Numerario correspondiente a la sección de Higiene de la Real Academia de Medicina de Granada.

En las revistas van apareciendo publicaciones sobre sus investigaciones incesantes, su timidez va en aumento con los años, debido quizás a aquella dedicación integral a la Ciencia que le aislaba de los demás.

Sintiendo desde muy joven la aspiración a ser catedrático el profesor Covaleda acudió en dos ocasiones a opositar Cátedra de Higiene, aprobando todos los ejercicios y obteniendo dos votos una de las veces. Pero el triunfo llegaría más tarde, el 25 de febrero de 1943; en virtud de oposición y turno de auxiliares, es nombrado Catedrático Numerario de Higiene y Sanidad, Microbiología y Parasi-

tología de la Facultad de Medicina de Barcelona, dando su Conferencia magistral en el Paraninfo de la Facultad, sobre «Consideraciones generales sobre los virus filtrables» y publicado en el número 4 de la revista Medicina Colonial en abril de 1944.

Esta conferencia es de unos valores tales que sus principios generales continúan vigentes a pesar de los años transcurridos.

El 20 de mayo de 1944 es nombrado vicedirector del Instituto Nacional de Parasitología dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

A pesar de sus cargos médicos, sigue su investigación incesante, y el 5 de febrero de 1945 es designado para desempeñar una comisión de servicio de la Dirección General de Marruecos y Colonias en el golfo de Guinea, trasladándose allí para cumplimentar el citado servicio.

En el cumplimiento de su misión estudió las razas que pueblan nuestra colonia de Fernando Poo, cuya procedencia demostró ser del tronco «bantú».



Fig. 3. — El profesor Covaleda con sus discípulos, el profesor A. Pumarola y el doctor Vives Sabater.

Trajo interesantes estudios sobre las tribus, fiebres palúdicas, grupo sanguíneo, parasitación por vermes de la población indígena, etcétera.

De este viaje a Guinea, en el que realizó tan interesantes estudios, se conservan muchas fotografías que don Justo hizo con su cámara, ya que la fotografía consistía una de sus escasas distracciones.

Si tenemos en cuenta su temperamento, retraído y huraño, su alejamiento de todo lo que fuese adulación y vanagloria, nos damos cuenta de que su talento destacaba a pesar de sus esfuerzos para pasar inadvertido; tuvo variedad de puestos y cargos, que resolvió con sobrada aptitud para todo, sin otro valimiento que el mérito personal.

El 6 de octubre de 1948 es nombrado secretario de la Facultad de Medicina de Barcelona, cargo que ostentó hasta el 12 abril de 1954.

Un día y otro, con entrega absoluta, este biólogo y médico ilustre sigue trabajando en su laboratorio, ofrendando el esfuerzo de su vida al progreso de la Ciencia. Pero don Justo Covaleda no sólo es investigador, ya que siente muy hondo una vocación total por su Cátedra: es también un maestro. Las ideas más profundas, las síntesis más atrevidas eran expuestas por este profesor con gran claridad logrando, a costa de innumerables estudios y fatigas, su propósito.

Su vida familiar, que hubiera

podido ser árida y pobre, fue rica y llena de ternura.

En sus sobrinos, hijos de su hermana Otilia, vio personificado el amor y la ternura familiar, en sus estancias en Granada juega con ellos, les enseña a leer, y su influencia sobre ellos es decisiva: desde muy jóvenes, Miguel y Rafael sienten la vocación de la Medicina. El amor que don Justo siente es contagioso, en su mirada dulce y distraída que refleja su concepción de la Medicina como algo sagrado, hace sentir a los demás el amor por lo que él adora.

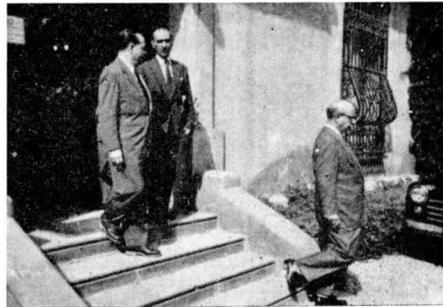


Fig. 4. — El profesor Covaleda habla con los profesores M. Usandizaga y González Fusté en un acto celebrado en la Escuela de Puericultura.

Aunque sus aportaciones fueron abundantes y enormemente valiosas a la Ciencia, destacó entre ellas sus estudios sobre Lehismanias y Lehismaniosis, con aportación de técnicas nuevas, investigación de portadores, etc.; estos estudios fueron continuados por su mejor discípulo, más tarde colaborador y amigo, el profesor Pumarola.

Junto con el Dr. Suárez Pelegrí crea la revista «Laboratorio», que ambos dirigen y de esta dirección

se hizo cargo hasta su muerte, aunque los últimos años sólo lo fue nominalmente.

El 27 de enero de 1949 la Corporación del Ayuntamiento de Barcelona le nombra Jefe de Servicio del Departamento de Investigaciones del Hospital de Ntra. Señora del Mar. Barcelona supo apreciar el talento del ilustre granadino al que distinguió con esta confianza.

Con los años su carácter modesto y retraído va en aumento. Su modestia era tal que incluso no quería publicar sus trabajos, le molestaba que hablaran de él, su deseo de pasar desapercibido era tal que incluso procuraba siempre pasar por las calles oscuras y solitarias donde suponía que nadie iba a reconocerle ni iba a preocuparse de su personalidad.

En 1950 asiste al Congreso de Microbiología que se celebra en Río de Janeiro, en el cual presentó una comunicación sobre «El grado de infección en los perros de Barcelona por la *Leishmania canícola* y la *L. icterohemorrágica*».

Aproximadamente por estas fechas España se ve ensalzada por la visita de Fleming. En Barcelona son presentados y rápidamente se cruza entre ambos una corriente de simpatía y amistad, lógica atracción en dos espíritus que no viven más que para la investigación de la Medicina. Como prueba de esta amistad conservó don Justo una fotografía dedicada del gran genio que revolucionó la Me-

dicina y fue paladín de la terapéutica moderna.

En el año 1953 es invitado y toma parte en el Congreso de Microbiología que tuvo lugar en Roma. En este mismo año inicia, junto con el profesor Pumarola una campaña de vacunación contra la enfermedad de Weil, en la zona del delta del Ebro, en íntima relación con la Jefatura Provincial de Sanidad de Tarragona.

En 1954, el 12 de abril, cesa en su cargo de secretario de la Facultad de Medicina de Barcelona. En este año y cuando se encontraba en la plenitud de su vida y de su trabajo, se vio acosado por la enfermedad que consumió su energía.

Ya en las Navidades de 1953, que como siempre las pasó en Granada junto a su familia, sus hermanos y sus sobrinos, por los que sentía adoración, empezó a sentir los primeros síntomas de debilidad. Su familia quedó inquieta por su salud cuando regresó a Barcelona. Estos temores se vieron confirmados un mes después en que recibieron la noticia de que don Justo había sufrido un ataque que había puesto en peligro su vida, hasta tal punto que les afirmaron que de reiterarse la crisis no era probable que sobreviviera. Sin embargo, la enfermedad evoluciona malignamente con nuevas crisis agudas de apoplejía de las que logra reponerse, y su amor a la Cátedra es tal que su mayor sufrimiento es pensar que su enferme-

dad le impide atender a sus alumnos debidamente.

Apenas se recupera, vuelve a sus alumnos, a su Cátedra, a sus estudios.

El 11 de septiembre de 1955 asiste a la inauguración de la Escuela de Puericultura de los que es documento gráfico una de las fotos.

En 1956, a consecuencia de la muerte de su madre, por la que sentía entrañable cariño, sufre una nueva crisis de su enfermedad, y es entonces cuando su sobrino Miguel deja sus estudios en Granada y se traslada a Barcelona, para hacerse cargo del cuidado de su tío.

El profesor Covalada, no obstante verse rodeado de las mayores atenciones en todos los sentidos, ve poco a poco disminuir sus energías materiales y mentales, pero no se conforma con su derrota y lucha contra la enfermedad con todas sus potencias. La obsesión por su Cátedra le ayuda a sobreponerse.

Dotado de una capacidad de trabajo extraordinaria, vence sus dolencias y vuelve a su Cátedra con la que sigue teniendo contacto directo. Cuando un nuevo ataque le impide ir a sus clases, la frase: «¡Con lo que tengo que hacer!», repetida durante los momentos de recuperación y aun en los momentos de tranquilidad, es sin lugar a dudas, ya que no existe otra, la expresión de lamentación ante su

estado que en sus labios alcanzaba el mayor dramatismo.

En el año 1960 es nombrado Vocal Propietario del Tribunal de Oposiciones a las Cátedras de Higiene y Sanidad, Microbiología y Parasitología de las Facultades de Medicina de Zaragoza y Madrid, y todavía el 21 de agosto de 1962 es nombrado Vocal Suplente del Tribunal de Oposiciones de las Cátedras de Higiene y Sanidad, Microbiología y Parasitología de la Universidad de Barcelona.

Gracias a su fuerte voluntad logró tomar parte en estos Tribunales, aunque le costaba un esfuerzo extraordinario. Ante uno de estos Tribunales obtuvo su cátedra el profesor González Fusté.

Si bien se va recuperando lentamente de su hemiparesia, de la que nunca se recuperó por completo, quedó desde entonces con un estado de hiperemotividad. Su reacción emotiva ante minúsculos estímulos es siempre exagerada.

Más tarde pudo incorporarse a su trabajo docente. Después de un año y medio siempre con altos y bajos, la muerte de su hermana Otilia, cuyo trauma emotivo vino reforzado por su hiperemotividad, le produjo tal shock que cayó de nuevo enfermo y fue trasladado a una clínica particular y más tarde al Hospital Clínico de Barcelona.

Estos últimos años de su vida son años de angustia, de deseos ardientes de mantener su actividad pedagógica y científica, de luchar constantemente contra el ago-



Fig. 5. — El profesor Covaleda en 1960.

tamiento progresivo y total de sus fuerzas. A partir de 1961 le es imposible seguir sus actividades debido a sus múltiples episodios de trombosis cerebral en ambos hemisferios que le produjeron una parálisis espástica bilateral, más intensa en las piernas, así como también gran obnubilación cerebral con fases de excitación durante las cuales gritaba impulsivamente, dándose cuenta de que no lo podía dominar voluntariamente. Estas fases aparecían sobre todo cuando no tenía a nadie a su lado, momentos en los que sentía una sensación

de miedo inexplicable. Desde el principio presentó graves lesiones angioesclerosas en el fondo de ojo que fueron evolucionando maligmente hacia la ceguera casi total.

Todo este cuadro clínico nos hace pensar en el tremendo sufrimiento de este gran hombre que tanto tenía que hacer en el mundo. Su imposibilidad de movimientos en casi todo el cuerpo le anulaba; a pesar de ello lucha con una titánica voluntad para recuperarse, sólo movido por su obsesión, su amor hacia sus clases y sus trabajos universitarios.

El profesor Covaleda, aún en estas fechas críticas y desesperadas de su vida, sigue inspirando simpatía y cariño a su alrededor. Le quieren sus enfermeras, sus compañeros y sus alumnos ven con consternación que pierden a uno de sus mejores profesores.

Su vida tan fructífera, tan prolífica y beneficiosa para la Ciencia, se fue apagando lenta y cruelmente.

La Medicina, a la que tanto amó, fue impotente para rescatarlo. El 4 de octubre de 1964 entregó su alma a Dios don Justo Covaleda, cuyo recuerdo quedará para siempre en el corazón de todos cuantos le conocimos.